

LA PRESENCIA DE NIETZSCHE EN *LA NOVELA DE MI AMIGO*

La presencia de la filosofía de Friedrich Nietzsche en la literatura española resulta de la voluntad de los miembros de la Generación del 98 de "europeizar" a España, para elevar el país al nivel de los otros países occidentales. A fines del siglo xx, estos jóvenes intelectuales tratan de suplir desde afuera, de otras culturas, la materia que leen para adquirir nuevas ideas filosóficas. Las obras de filósofos como Schopenhauer, Kant, Hegel y Nietzsche son muy populares durante esta época. Estos filósofos irradian su influencia en España, pero es la presencia de Nietzsche la que está destinada a ejercer, más que ninguna otra mentalidad de su época, una influencia radical y duradera.

La crisis política y socioeconómica del desastre del 98 sobrecoge a los jóvenes intelectuales que buscan una respuesta filosófica a los problemas que les presenta la España moderna. Algunos de los escritores de la Generación creen ver una semejanza entre la decadencia de la Europa que describe Nietzsche y la España en que viven. Piensan que posiblemente las creencias doctrinales de Nietzsche se puedan aplicar a los problemas de España para mejorarla. Nietzsche vislumbra los síntomas de la decadencia del europeo moderno, un ser departamentalizado, especializado y fragmentado, a través de la aniquilación de los ideales y prejuicios de la Europa cristiana, democrática y progresista. Según Nietzsche, hay que negar los elementos que contribuyen a esta decadencia, elementos como la democracia, el socialismo, la moral cristiana y la metafísica. En cambio, es necesario afirmar el valor absoluto de la Vida como algo superior e irreductible a la razón. Nietzsche propone un replanteamiento de los valores morales y vitales, que para él son la pasión, la sensibilidad, el sentimiento (superior a la lógica), la sinceridad (más valiosa que la consecuencia) y la voluntad de dominio. El conjunto de todos los valores que afirma contribuirá a la ascensión del hombre a un nuevo tipo sobrehumano, situado más allá del bien y del mal, el cual tendrá fe en el cuerpo y la hermosura de la vida corporal: el Superhombre.

Nietzsche se singulariza por ser el más absoluto negador y afirmador, y este radicalismo de sus creencias doctrinales provoca horror en algunos novelistas de la Generación y entusiasmo en otros¹. Estas reacciones a favor y en contra de Nietzsche aparecen en algunas novelas de Pío Baroja, Miguel de Unamuno, Ramón Pérez de Ayala y Gabriel Miró.

Pío Baroja es uno de los autores que afirma las creencias de Nietzsche, pero muy pronto las critica por ser imposibles de llevar a cabo. Sin embargo, la huella de Nietzsche es evidente en el pensamiento de Baroja. Existe una doble personalidad en su obra: nos presenta al hombre que reflexiona sobre la condición humana y al hombre de acción que trata de modificar su situación sin éxito. En *Camino de perfección*, vemos al protagonista, Fernando Ossorio, encarnar la idea de la absoluta libertad nietzscheana. Ossorio es a la vez estudiante de medicina y artista que contempla la vida. Se autoanaliza y deduce que sus debilidades son manifestaciones de la historia y de la degeneración que piensa haber heredado de su familia. Viaja a pie por Castilla, fatigado, sin voluntad y oprimido por un sentido de vacío espiritual, buscando "algo" que pueda ayudarle a reconciliarse con la vida. Cree haber encontrado la respuesta en la religión, pero finalmente considera que, en realidad, la religión es una hipocresía. Otro personaje, Max Schultze, le recomienda la lectura de Nietzsche como remedio. Esta lectura sirve como un estímulo inmediato al cambio en Ossorio, de hombre contemplativo a hombre de acción. Ahora, no es la dirección o la finalidad de la acción lo que le importa, sino que es el camino mismo lo que llena cada momento. Se casa y, al nacer el hijo, declara que su hijo será libre para seguir sus instintos; no tendrá que aprender nada del arte o de la religión; será incorruptible ante las enseñanzas pedantescas; vivirá con la belleza de la naturaleza, siempre creando o luchando por algo. Baroja deja implícito en la coda de la

¹ Ramón Pérez de Ayala: "La obra de Nietzsche nos circunda y penetra como una atmósfera. Nietzsche ha formulado una nueva ley, ha creado un nuevo símbolo. Y no un símbolo científico o un símbolo estético, sino un símbolo de la fe; un símbolo que, además de poseer la eficacia de la ciencia y la belleza del arte requiere con remoto e irresistible llamamiento ideal todos los sentidos y potencias del hombre; las fuerzas superabundantes y sombrías de su animalidad, sus instintos sociales y éticos, sus inquietudes religiosas". (GONZALO SOBEJANO, *Nietzsche en España*, Madrid, Ed. Gredos, 1967, p. 512).

novela que Ossorio terminará siendo un luchador impotente, que pierde su impulso vital y la fuerza de su voluntad. En esta coda simbólica vemos a la suegra cosiendo el traje de bautismo para su nieto. Es evidente que Ossorio siempre estará combatiendo la fuerza de las tradiciones y las creencias de su familia, que amenaza el desarrollo de su hijo, el Superhombre. El sueño de Ossorio nunca se realizará, porque es imposible que un Superhombre exista en una sociedad que ni le comprende ni le apoya.

Unamuno juega con el tema del Superhombre en su novela *Amor y pedagogía*. El protagonista, Avito Carrascal, trata de crear un genio, empleando principios científicos. Por fin nace un hijo que Avito cría bajo los ritos de su nueva religión: la ciencia y el progreso. Mientras tanto, Marina, la madre del niño, arruina los esfuerzos de Avito al inculcar al hijo con las ideas de su religión tradicional. Cuando el genio ya tiene edad, se enamora. Pero cuando la muchacha le rechaza, se suicida. El amor ha vencido porque, según Unamuno, sólo bajo el imperativo de la verdad y del amor existimos. Las fuerzas que rigen el destino del hombre son "Dios en el espíritu y no Idea, amor y no dogma, vida y no lógica"².

Los temas centrales de *Amor y pedagogía*, el concepto del libre albedrío, la verdad y la eternidad, son ideas sobre las que escribe Nietzsche, pero advertimos que su orientación es distinta a la de Unamuno. Ambos escritores aman la eternidad y toman como principio creador la voluntad de poder. La diferencia está en cómo aplican estas ideas al destino humano y lo que cada uno define como "eternidad". Para Nietzsche, la eternidad es la conciliación total de la persona con los demás, la conciencia individual envuelta en una conciencia colectiva. Esta eternidad sobrehumana existe en la tierra y dentro de la historia. Unamuno se opone a este concepto de la eternidad por su falta de individuación y de esperanza. Unamuno declara que no puede resignarse, como Nietzsche, al hecho de que no haya otra vida. Su religión, o sea, su propósito para vivir es un "luchar incesantemente e incansablemente con el misterio"³. Unamuno, como Nietzsche, busca la verdad en la vida

² MIGUEL DE UNAMUNO, *Mi religión y otros ensayos*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1945, p. 65.

³ MIGUEL DE UNAMUNO, *La agonia del cristianismo*, Buenos Aires, Losada, 1938, p. 102.

y la vida en la verdad, pero Unamuno no piensa encontrar estas verdades mientras viva. Espera encontrarlas en la región ultraterrena y fuera de la historia, que es la eternidad sobrehumana para Unamuno.

Pérez de Ayala examina las creencias de Nietzsche en una de sus novelas poemáticas: *Prometeo*. El protagonista, Marco de Setiñano, quiere engendrar un Superhombre, porque cree que la felicidad está reservada al hombre de acción. Setiñano es un hombre contemplativo, que se cree feliz en el deleite del puro conocer por conocer, hasta que decide que quiere más: quiere ser hombre de acción. Según él, no puede realizar este deseo porque "el hombre de acción no inventa la acción, la realiza; la acción la concibe el hombre de pensamiento" y la manifiesta al engendrar un hombre de acción, el Superhombre⁴. Como en *Amor y pedagogía*, Setiñano, que se declara un hombre perfecto, busca la esposa apropiada para complementar su generación del Superhombre. Lo que quería ser Setiñano lo será su hijo Prometeo, hijo semidivino, redentor e intercesor del cielo con la tierra. El tío de Setiñano trata de convencerlo de que la humanidad no es "un ornamento adosado al cielo por la naturaleza semidivina de algunos hombres de excepción" y que la voluntad individual no puede trascender la voluntad universal. Nace Prometeo, pero en vez de ser superior a los demás, es una bestia jorobada, fea y de instintos viles. Cuando Setiñano ve su "creación", se da cuenta de que la humanidad no tiene el poder de crear un Prometeo, un iniciador de una mejor civilización humana, sino que el poder reside en la voluntad divina: "¿quién podrá hacer limpia una criatura engendrada en la corrupción sino Tú, solo, Señor?"⁶.

Desde el momento en que nace, Prometeo es un ser marginado de la sociedad. Nunca podrá incorporarse o participar como los demás. Siente pasión y amor, pero como sus instintos son tan despreciables, no sabe expresarse de una manera civilizada, y ataca a las chicas que ama. Sufre tanto que se suicida, colgándose de una higuera. Prometeo, el supuesto Superhombre, termina siendo el símbolo de la degeneración del hombre contemporáneo, en vez de su evolución hacia un tipo mejor.

⁴ RAMÓN PÉREZ DE AYALA, *Prometeo*, en *Obras selectas*, Barcelona, 1957, p. 266.

⁵ *Ibid.*, p. 267.

⁶ *Ibid.*, p. 287.

Las ideas de Nietzsche que examinamos en *Camino de perfección, Amor y pedagogía y Prometeo*, aparecen de una forma más profunda y sutil en *La novela de mi amigo*, de Gabriel Miró. La presencia de Nietzsche es el hilo que une y explica la vida fragmentaria de su protagonista, Federico Urios, un pintor incomprendido y defraudado por la vida y por sus semejantes, a quien presenta Miró por medio de un narrador que actúa casi como confesor. Urios se está muriendo de cáncer, y siente una gran necesidad de historiarse para comprenderse mejor: "le diré mucho, mucho de mí porque al confesarme, al repasar con usted mi vida lo hago como hablándome o mostrándome a mí mismo, pero viéndome al lado"⁷. A través de esta serie de confesiones, observamos la manera en que Urios trata de elevarse por encima de la masa y cómo su condición psicológica, su trágica personalidad autodeterminista, impide su ascenso al estado del Superhombre.

La novela de mi amigo es una novela corta, casi un cuento largo, que no sigue un orden cronológico. Este modo de proceder nos proporciona una impresión de vaguedad, pero en realidad trata de reproducir la vida tal como es, no en una serie de episodios conectados lógicamente, sino por medio de un hilván de escenas. Hay muy poca acción en la novelita; Miró prefiere crear el ambiente al "decir las cosas por insinuación"; en vez de "agotar los episodios" (p. x). Ha inventado un narrador objetivo y poco perito, que nos convence más que un narrador sutil, porque el lector siente que el narrador no está tratando de imponer sus ideas o prejuicios. El narrador, tanto como el lector, escucha las confesiones de Urios por primera vez y trata de comprender sus recuerdos e impresiones de la vida. Urios empieza su serie de confesiones con un recuerdo de la infancia: la escena de la muerte de su hermanita Lucita, un acontecimiento que despierta en el niño el deseo de distanciarse de su familia y de las tradiciones sociales que le rodeaban. "La primera vez que me estudié y supe de mí mismo fue en la muerte de Lucita. Me consideré aborrecido, acobardado y funesto" (p. 122). El joven Urios siempre cuidaba a la niña mientras sus padres trabajaban. Un día la chica, jugando, se metió una brasa de pan encendida bajo la ropa, y

⁷ GABRIEL MIRÓ, *La novela de mi amigo*, en *Obras completas*, 5ª ed., Madrid, Biblioteca Nueva, 1969, p. 128. (Todas las citas se refieren a esta edición; el número de páginas se da entre paréntesis).

el pan quemó el cuerpo de Lucita. La reacción acusadora de las vecinas ante la muerte de la niña produjo odio en el alma del chico. Aunque rezaran por el alma de su hermana, el comportamiento hipócrita de las vecinas era repugnante para Urios: "Me cercaron mujeres, unas llevaban en brazos a sus hijas, otras se pisaban y desgarraban las faldas por acudir a mirar y enterarse. Me preguntaban, acariciándome, ansiosas de que yo les contase nuestra desventura" (p. 122). Más adelante el padre de Urios le lleva consigo a la casa del tonelero espiritista en busca de una médium, que logra hablar con el espíritu de Lucita y averigua los delitos que había cometido. El chico no puede aceptar esto; sabe que su hermana era una criatura inocente, y decide rechazar lo que oye como otra falsa creencia popular. Desde aquel acontecimiento, el joven trata conscientemente de distanciarse de las actitudes y creencias populares, porque no sabe en qué creer, y no quiere participar de la hipocresía que le rodea. Para él no habrá ya dogmas rígidos que seguir: "todo lo que se cree lo vemos imaginativamente con alguna peculiar hechura" (p. 128).

Muestra el joven su voluntad y su rebeldía contra la vida que no comprende, al escoger la profesión de pintor, en vez de aceptar el trabajo familiar de albañil. Esta decisión radical es el primer paso que da Urios hacia el Superhombre. Según él, su padre le obligaba a acompañarle a las construcciones contra su voluntad, recordándole su deber de seguir con el trabajo de sus parientes: "Tu abuelo fue albañil, yo soy albañil, tus tíos también albañiles; en cambio tú vienes a las obras como si te arrastrase" (p. 137). Tanto odiaba el trabajo, que se lastimaba los ojos acercando la cabeza a las lechadas humeantes de cal. Prefería sufrir físicamente a reprimir su individualidad, porque para él era angustioso y aborrecible un "trabajo forzado, rudo, sintiéndose el alma desgraciada y desamparada; un trabajo sin la frescura y sin el alivio de la alegría" (p. 123). El pintor cree que la vida no se renueva poblando el mundo de seres infelices que se mueven como autómatas, en vez de renovarse y justificarse cuando se la ve como un fenómeno estético. Decide abandonar a su familia y sus tradiciones para buscar, por medio de su profesión, este valor absoluto de la Vida. Piensa que puede ser feliz si se vuelve hacia sí mismo y aprende a no esperar que la felicidad le llegue de afuera, de los demás. Para Urios, "todos los hombres poseen en sí el ger-

men de la dicha, si son capaces de adentrarse en sí mismos la encontrarán"⁸.

Como Nietzsche, cree Urios que el amor absoluto de la Vida es la solución de todo. Nietzsche critica la sociedad de su época por ser utilitaria y por restringir el espíritu de los hombres. Según él, las instituciones sociales, como la democracia y la moral cristiana, aseguran una existencia mediocre sin ampliar o enriquecer la vida humana. Las instituciones creadas para el bien del hombre se han convertido en un castigo para él. Un futuro Superhombre ha de rechazar la conformidad de estas instituciones sociales, para someterse a la disciplina personal, adentrarse en sí mismo y re-crearse. De esta manera el futuro Superhombre puede desarrollar y utilizar su espíritu para alcanzar la perfección⁹. Urios trata de alcanzar este nivel de perfección a través de su contacto con la naturaleza. En contraste con sus contemporáneos, Urios ama la vida, quiere tocar, respirar y sentir la vida correr por su cuerpo: "ando, camino, subo montañas, recorro los peñascales y arenas de la costa, atravieso los campos, oigo el estruendo de mi sangre, como un torrente íntimo, y cuando no puedo más, me acuesto sobre la tierra, mirando la altura, ¡Oh vida, vida, vida mía!" (pp. 130-131). Urios contempla la belleza de la naturaleza y la internaliza, es decir, la vive de nuevo; esa belleza es parte de su ser: "yo vivo íntima, intensamente, razonando mi vivir fisiológico; yo vivo sabiéndolo y queriéndolo" (p. 140).

Aunque tiene poco talento para ser pintor, Urios sigue con ese oficio, porque es su manera de esconderse del mundo cotidiano al crear otro mundo, el mundo de sus paseos, sus sueños y sus imágenes: "Su colorido tenía fuerza, frescura, alegría, sencillez, como si la vida que él amaba y sorbía insaciablemente en sus excursiones recogiera resonante placentera y jugosa dentro de sus pinceles" (p. 137). Urios insiste en su amor a la Vida como remedio absoluto para su situación; convierte y preserva sus sueños en pinturas; cada cuadro es una manera de rectificar la realidad poco satisfactoria de su vida y de la sociedad que le rodea.

Sin embargo, Urios sufre de cáncer, un hecho que parece ser

⁸ PACIENCIA ONTAÑÓN DE LOPE, *Estudios sobre Gabriel Miró*, México, UNAM, 1979, p. 37.

⁹ WALTER KAUFMAN, *The Portable Nietzsche*, London, Chatto and Windus, 1971, p. 192.

incompatible con la supuesta ascensión del pintor a un nuevo tipo sobrehumano. Pero también en esto parece Miró recordar ideas de Nietzsche: la creación de algo bello (el Superhombre) es la reacción de un organismo fundamentalmente sano frente a alguna enfermedad. Según Nietzsche, los que nunca han sufrido una enfermedad no sienten la necesidad de crear; la enfermedad es un estimulante enérgico para que la vida produzca más vida¹⁰. El constante tormento y sufrimiento que la enfermedad causa inspira el aspecto creador del futuro Superhombre: "uno necesita tener caos en sí mismo para poder dar luz a una estrella bailadora" que es el Superhombre¹¹. Urios sufre emocionalmente. El recuerdo de la muerte de la hermana le persigue, le atormenta y crea cada vez más tensión emocional en el pintor: "Los recuerdos para mí no habitan sólo en la memoria, sino dentro de toda mi carne. Lo que me intranquiliza con más intensidad es lo pasado y no se me presenta con tristeza dulce y pálida de cuadro antiguo, como veo que sucede con otros hombres, sino que atormenta todo mi cuerpo" (p. 120). Esta tensión psicológica es demasiado para Urios, que tiende a disminuir su autoaprecio, y surgen en él temores, aprensiones, dudas y conflictos que impiden su ascenso al nivel del Superhombre. En *Así hablaba Zaratustra*, Nietzsche emplea una metáfora para explicar esta clase de tensión: "El hombre es como una soga, amarrado por un lado al hombre común y por el otro al Superhombre. Cuando llega al nivel del Superhombre sentirá que ha sido a la vez creador y creación porque la grandeza del ascenso al Superhombre incluye la propia deificación"¹². Si tratamos de analizar a Urios por medio de esta metáfora, advertimos que nunca se libra de la parte de la soga amarrada al hombre común, a lo mediocre y lo superficial de la vida. Dice que ha llegado a creer que siente la grandeza del Infinito, y se imagina como una espiral inagotable que asciende al cielo y baja a las profundidades de la vida: "Se me figura que tengo raíces y que penetran en todo" (p. 130). Sin embargo, declara más adelante que aunque haya logrado la poderosa, la verdadera Vida, aún le llegan ansias y tentaciones de la pasada, de la ruin; parece que oye sus voces remonando en el azul, como desde "las altitudes se oyen los ruidos

¹⁰ FRIEDRICH NIETZSCHE, *Ecce Homo*, I, 2. Traducido por R. J. Hollingdale, New York, Penguin Books, 1979.

¹¹ WALTER KAUFMAN, *Nietzsche*, New York, Meridian Books, 1960, p. 268.

¹² KAUFMAN, *The Portable Nietzsche*, p. 173.

y el griterío de las ciudades" (p. 158). Esta declaración implica que el pintor no puede librarse de las influencias culturales y sociales que le amarran. Como hemos visto, Urios escoge la profesión de pintor porque le satisface espiritualmente y le aísla de otros trabajos tradicionales y aburridos; pero resulta que su oficio pierde su encanto porque Urios tiene que vender sus cuadros. Llega a depender de la sociedad para sobrevivir, y su obra de amor se convierte en mercancía. El matrimonio es otra institución social que hace sufrir al pintor. Cuando muere su madre, Urios se encuentra manipulado por la vecina y sus dos hijas. Tratan de animarle y distraerle, le llevan de paseo durante el verano, y por fin se da cuenta el pintor de que la hija mayor le domina, aunque la que a él le atrae es la hermana menor. No sabemos por qué Urios se deja manipular; quizá por ser una consecuencia de costumbres aceptadas o porque se siente solo en el mundo. Esta debilidad en el carácter del pintor resulta en un matrimonio desgraciado. Sigue viviendo Urios con su esposa sólo para proteger a su hija, Lucita, de la influencia de la madre: "no parece que su alma se abra en ese ambiente de ruindad. ¡Me quiere como si todo el mundo estuviera en mí contenido, y me defiende y admira mi arte, tan menospreciado por la madre! Tiemblo por si me apagan la admiración de esta criatura, quizás la única admiración... Sí, desde luego, la única" (p. 141).

Como Ossorio en *Camino de perfección*, Urios piensa que todas sus debilidades son heredadas de sus antepasados, pero, como él se ha purificado, su hija no tendrá que sufrir: "A los hermanos de mi padre, a su linaje, debo mis momentos irascibles y de hosquedad. Quiero a mi hija. Es que en ella, dentro de ella, me parece ver hijos de hijos suyos, es decir, míos" (p. 138). Lucita simboliza para su padre la futura raíz fuerte de su linaje, de la misma manera que la simbolizaba Prometeo para Marcos de Setiñano.

La relación entre Urios y su hija sirve para ilustrar el conflicto mayor que impide el ascenso del pintor al nivel del Superhombre. Urios predica un concepto panteísta de la Vida y del amor, mientras que la sociedad que le rodea acepta y predica los dogmas de la Iglesia. El problema es que el pintor no puede separarse de estos dogmas, que son parte integrante de la cultura española. Este conflicto se muestra en la escena campestre del capítulo "Su hija". Decide el pintor cele-

brar la buena fortuna de haber vendido un cuadro en el campo, donde puede expresarse libremente. Lleva a su mujer, su hija y su cuñada allí de noche, para descansar en una era e incorporarse a la naturaleza. El pintor siente gran exaltación al verse unido con la naturaleza; para él es la unidad primigenia: "Estamos contentos; somos ahora todos, todos muy buenos; olemos la misma fragancia de flor de trabajo campesino; probamos el mismo sabor, pues durante un momento sentiremos todos lo mismo; ¡y es muy hermoso!" (p. 140). Después de contemplar la belleza de la naturaleza, arranca simbólicamente unas espigas de trigo. Desnuda los granos y los ofrece a las mujeres como forma de "eucaristía de felicidad y vida" (p. 148). Incorpora en esto un rito católico, la eucaristía, a su visión del mundo, su panteísmo. Es posible que lo emplee para transmitir su sentido de la Vida y, como todos conocen el rito, lo trata de adaptar a sus creencias. Esta explicación se podría aceptar si no fuera por su declaración: "¡Comed, comed de este trigo porque también es carne de Nuestro Señor!" (p. 148). El trigo que simbolizaba la felicidad y la vida es ahora la carne de Nuestro Señor; ¿es ésta una nueva religión, un catolicismo-panteísmo? El problema es que el pintor no puede definir sus propias creencias doctrinales sin combinarlas con el dogma católico.

Parece que las creencias de la hija son más fuertes o mejor definidas que las de su padre. Ella se niega a participar de la eucaristía, aunque finge comer los granos, que más tarde le presenta a su padre cuando se han transformado en un manojo de espigas maduras: "¿No es esto mejor y más... más noble que si me hubiese comido el trigo? ¡Así lo tienes para siempre!" (p. 149). Intuitivamente, Lucita ha creado otra dimensión para las espigas de trigo; las transporta a otro nivel, a un nivel de eterno retorno que confiere al episodio una nueva profundidad.

La muerte de la hija es el incidente clave que marca el fracaso de Urios. Muchas personas vienen a ver a la niña enferma y a rezar por ella; son para el pintor unos seres asquerosos. Piensa que Lucita está abandonada a la resignación de estas personas que se han "conformado con la voluntad del Señor" (p. 149). Urios muestra la misma actitud ante la muerte de su hija que ante la de su hermanita. Se siente aislado, inseguro y vulnerable ante algo que no comprende: "Mi hija no puede morir; ¡no puede, porque ni quiere ella ni quiero yo!" (p. 151).

Se preocupa el pintor por la dominación de la muerte; pregunta si se habría equivocado en cuanto a su idea de poder dominar la vida; si en realidad la vida es lo más apartado y ajeno a su voluntad. Surge en su mente la idea de la posible existencia de Dios y le pregunta a Lucita: ¡"Y Dios, Lucita! ¿Has pensado en Dios? Dios es más, bueno que... tu padre" (p. 152). Advertimos que la desesperación y la inseguridad le hacen dudar de sus propias creencias y vacilar entre éstas y las creencias religiosas. Después, rechaza lo que había dicho, porque se da cuenta de que el hecho de posponerse a Dios es una resignación, y un verdadero Superhombre ni se resigna ni se pospone a nadie, sino que se sacrifica sin esperanza de recompensa. Urios se sacrifica, pero a la vez busca cierto tipo de recompensa cuando pregunta: "¿Y si tampoco (Lucita) busca a Dios y me he sacrificado sin...?" (p. 153). El pintor se siente culpable por la muerte de Lucita, porque piensa que su voluntad no era bastante fuerte para intervenir; entonces quiere recobrar su voluntad, y declara, muy egoísta, que por lo menos él la entregó; nadie se la ha llevado. Después de la muerte de la hija, el pintor no quiere enterrarla, sino elevar su cuerpo y "depositarla encima de un monte, guardada entre cristales y alumbrada por lámpara de astros" (p. 154)¹³. Desea preservarla para poder contemplarla. Es interesante que Urios otrende a la hija muerta el haz de trigo que ella le había dado. Es como si fuera ella un sacrificio pagano. La ofrenda implica que el pintor no tiene esperanza más allá de este mundo: él, como su hija, será fiel a la tierra, porque la tierra renueva y reafirma la vida: es el símbolo del eterno retorno¹⁴. El pintor aplica la idea del eterno retorno a su condición física; dice que trató de curarse de su cáncer, pero por fin lo ve como un esfuerzo inútil, y adopta una actitud fatalista: "me di a buscar, delirante, la fuerza de la carne; por eso caminaba, y subía a las cumbres, y tragaba el ancho viento del mar. ¡Y si yo me curase...!" (p. 157), todo sería igual.

En el último encuentro entre el narrador y el pintor, éstos ca-

¹³ Esta idea es semejante a lo que dice Zaratustra de su montaña. Cada vez que está allí, el sol y las estrellas brillan para él, y sabe que esto es una señal de que ha podido elevarse por encima de la humanidad común.

¹⁴ Aquí vemos una alusión a la diosa griega Cibele, hija del cielo y de la tierra, que murió muy joven. Su muerte se celebraba en un festival primaveral, el Culto del Trigo, que se considera como el arquetipo de los ritos de fecundidad.

minan por un palmeral. En esta escena vemos, otra vez, como la tradición católica se incorpora al panteísmo del protagonista. La escena es semejante a la pasión de Jesucristo, pero su esencia no es la relación entre Urios y Dios, sino su propia experiencia panteísta. Después de la caminata, Urios se sienta en un bosque para meditar. Declara que su alma está limpia de vanidad y desea entrar a "la paz infinita", porque representa un estado de alma ajeno al deber y al egoísmo, más allá del bien y del mal. Meditando en el bosque, Urios se pierde por un momento y se ve unido con la creación en una unidad primigenia: "La santa quietud de todo ¡cómo atrae! En lo más íntimo de los árboles, de la tierra, del cielo, de las aguas, entra nuestra alma como la abeja se anega en la delicia de una flor, y nuestra alma prueba el sustento de la miel, de una sonrisa de generosidad y de unas palabras de Jesús, trémulo de compasión por los hombres afligidos: —Venid a mí, venid a las dichas del seno de Abrahán, venid a la paz infinita de mi regazo! clama la Creación. —¡Vosotros, los que estáis trabajados y abrumados y yo os aliviaré!" (p. 158). Urios toma las ideas de creencias completamente dispares y combina elementos opuestos. Esta combinación y vacilación ejemplifica el hecho de que Urios no puede imponerse una voluntad de pensamiento y serenidad. Sus emociones pasan a ser la fuerza dominante en su vida. Su temor ante la muerte lo destruye, porque no ha podido organizar el caos de sus pasiones; vive en un estado de desequilibrio espiritual, puesto que no ha sublimado sus impulsos ni se ha disciplinado en un ser completo. El pintor no ha podido captar la esencia del Superhombre. La Vida en general se le ha convertido en algo ajeno y distante. Sólo le interesa su propia vida: "He hablado siempre glorificando la vida como un griego, y sólo he querido cobardemente la mía, porque me horrorizaba la muerte y me espantaba la idea del enterramiento. Yo sólo he amado mi vida" (p. 157).

Se da cuenta Urios de que, para mejor comprender su existencia, había tratado de alcanzar la perfección del Superhombre a través del amor a la Vida, la disciplina personal y el desarrollo del espíritu, pero le faltan las fuerzas para soportar los convencionalismos de la sociedad estática y aprisionada. El único recurso que le queda ahora al pintor frustrado y fracasado es el suicidio; es decir, entregarse a la naturaleza, a la unidad primigenia. No es la misma entrega placentera que sintió en el

campo y en el bosque, sino una entrega física y angustiosa; Urios se suicida adentrándose lentamente por el mar. Aun en el suicidio, no puede liberarse de las influencias externas. La entrega al mar, como la eucaristía de la fiesta campestre, incorpora los aspectos católicos y panteístas de la personalidad del pintor. El suicidio se presenta como la comunión, pero con una "peculiar hechura"; la comunión es con la existencia misma, no con Dios: "Y las manos del hombre se juntaron y recogieron agua, y su boca probó amargura al fijarse en los bordes del cáliz de carne; y se angustiaron sus entrañas al llegarles la frialdad y la hiel de las aguas" (p. 160).

En *La novela de mi amigo* vemos, en el fracaso de Urios, el principio de la búsqueda de un ideal, la verdad de nuestra vida. A través de sus obras, examina Miró la triste condición del hombre contemporáneo y de la sociedad española, y llega a la conclusión de que el hombre no ha podido encontrar la verdad por medio de la religiosidad supersticiosa y convencional hecha a la medida de los hombres. La plenitud de su visión muestra que la solución para el hombre no es la que tomó Urios, de adentrarse en sí mismo y tratar de elevarse por encima de los demás, sino de aprender a vivir dentro de las exigencias impuestas por la sociedad sin hacer concesiones y sin perder el individualismo. Aún más importante: el hombre debe aceptar y amar a sus semejantes tal como son. De esta manera, el hombre estará libre para descubrir y desarrollar el germen de felicidad que lleva dentro de sí mismo: "Felicidad que no le exalta ni le mejora; felicidad clara, sin dejo, como el agua más pura que no tiene sabor. Leve en el día, sin soltarse de sí mismo. Ningún propósito le hace enfilar el corazón hacia un deseo del mundo" (*Años y leguas*, p. 1069).

ROSE MARIE BEEBE

Universidad de Santa Clara
Santa Clara, California.